

LOS PADRES APOSTÓLICOS

Tomado de: www.kerigma.com

A finales del primer siglo y principios del segundo surgen unos personajes a los que se llamaría "Padres Apostólicos" puesto que conocieron en vida a alguno de los apóstoles de Jesús, recibiendo de ellos la enseñanza del Evangelio. Los tres padres más reconocidos son:

Clemente de Roma: Judío, obispo de Roma entre el 92 al 101 d.c. y discípulo del apóstol Pablo. Se le menciona en Filipenses 4:3. La iglesia Católico-Romana le considera el tercer "Papa" al frente de la sede de Roma. Ignacio de Antioquia: Obispo de Antioquia. Mártir en el circo romano en el 110 d.c. discípulo de los apóstoles Pedro y Pablo.

Policarpo de Esmirna: Obispo de Esmirna. Discípulo de Juan el apóstol y maestro de Ireneo de Lyon. Quemado como Mártir en el 156 d.c.

CLEMENTE DE ROMA

Clemente fue judío, obispo de Roma entre el 92 al 101 d.c. y discípulo del apóstol Pablo.

En el año 96 d.c. en la iglesia de Corinto se había producido una división: una serie de miembros descontentos han depuesto a los obispos y presbíteros de la iglesia, algunos de ellos, según nos cuenta el mismo Clemente, designados directamente por los apóstoles (Clemente a los Corintios 44:1-3). Ante tan grave escándalo, y sin que se le hubiese pedido su intervención, Clemente, obispo de Roma decide enviar una carta. Este Clemente, es al cual, según Orígenes y Eusebio de Cesarea (Hist. Ecl.

VI, 3.15), se refiere el Apóstol Pablo en su carta a los Filipenses, 4:2-3: "Ruego a Evodia, y también a Síntique, que se pongan de acuerdo como hermanas en el Señor. Y a ti, mi fiel compañero de trabajo, te pido que ayudes a estas hermanas, pues ellas lucharon a mi lado en el anuncio del evangelio, junto con Clemente y los otros que trabajaron conmigo. Sus nombres ya están escritos en el libro de la vida."

Clemente en esta carta, escrita unos 10 años antes de las de Ignacio (96-98 d.C.), con la mansedumbre propia de un padre, pero la firmeza que su ministerio confirmado por los mismos apóstoles le da a la vez, exhorta a los Corintios a cesar en su obstinada actitud divisora. En efecto, no han pasado 40 años desde que el mismo Pablo el Apóstol les escribiese en su primera epístola a los Corintios, exhortándoles a no causar ni fomentar divisiones, pero parece que dicha exhortación ha sido olvidada cuando Clemente les escribe. Leyendo la carta de Clemente a los Corintios, nos parece estar delante de una de las famosas epístolas perdidas del apóstol Pablo, el estilo, la exhortación, la doctrina, las expresiones, en todo nos recuerdan a su maestro, el apóstol de los gentiles. De hecho Clemente en algún momento llega a citar un texto, que él considera inspirado y de la escritura, pero del cual se ignora su procedencia (22:3), ¿no estaremos ante una cita de algún escrito perdido del apóstol Pablo?. Es hermoso como de modo sencillo, sin dejar de citar en todo momento las Escrituras, les expone a los Corintios un compendio de ejemplos y exhortaciones para que se vuelvan de su locura divisora.

La carta de Clemente es además un compendio extraordinario para conocer la liturgia de los cristianos de Roma del siglo I.

En esta preciosa epístola vemos una confirmación de la doctrina de la justificación por la sola fe en la gracia salvadora de Dios: "De igual modo nosotros, por Su voluntad llamados en Cristo Jesús, nos santificamos no por nuestros méritos, sabiduría, inteligencia, piedad o cualquier otra obra que hacemos en santidad de corazón, sino por la fe, por la cual Dios Todopoderoso ha santificado a todos desde el principio" (Clemente a los Corintios 32:4). Tan respetada fue esta carta que incluso se incluyó tras la Biblia en el código Alejandrino del siglo V que ahora se guarda en el Museo Británico

IGNACIO DE ANTIOQUIA

Nacido entre los años 30 al 35 d.c. en Siria, aparentemente conoció en su juventud a los apóstoles Pedro y Pablo, de los que escucharía directamente el Evangelio, y probablemente también fue discípulo del apóstol Juan. Es uno, como Clemente y

Policarpo que nos une históricamente con la época apostólica. Obispo de la ciudad de Antioquia en tiempos del emperador Trajano (98-117 d.C.), fue, según la tradición paleocristiana, el tercer obispo de dicha ciudad después del mismo apóstol Pedro y de Evodio. En esta ciudad había numerosos judeocristianos procedentes de la destrucción de Jerusalén y su templo en el año 70 d.C.

En el año 107 d.c. es acusado y llevado a Roma para ser devorado por los leones en el circo. En el camino a su martirio escribe siete cartas a siete iglesias por las que va pasando, y que han llegado hasta nosotros como testimonio de la pureza apostólica del Evangelio predicado por estos hombres. Cargadas de emoción, son una fuente de inspiración para los cristianos de todos los tiempos.

Las cartas presentan a Ignacio como defensor de una ortodoxia que algunos estudiosos han presentado como "de centro" frente a dos polos dentro de la iglesia de finales del siglo I y principios del II: el Judeocristiano y el docetista (espiritualidad "mística" de tipo gnóstico griego); "Haceos sordos cuando se os predique prescindiendo de Jesús el Cristo, del linaje de David, el Hijo de María, el que realmente nació, comió y bebió, que realmente fue arrestado por Poncio Pilato, que realmente fue crucificado, muerto a la vista de los seres celestiales, terrestres, e infernales. El que verdaderamente también verdaderamente resucitó de los muertos, al haberle levantado el Padre. El Padre que también a nosotros, de modo semejante, nos levantará a a los que creemos en Él, en Jesús el Cristo, sin el cual no tenemos la Vida Verdadera" (Trallanos 9:1-2)

Contra los judaizantes que guardaban el sábado y otras prácticas judías no puede obtener ningún testimonio de la Escritura, su único argumento es que el Domingo es el día de la resurrección del Señor. Parece también por algunas de sus afirmaciones,

que también enfrentó un error diferente del de los docetistas y judaizantes: el de los que condicionaban su reconocimiento de los ministerios eclesiásticos a la excelencia de los dones carismáticos.

Insiste también Ignacio, y este es el tema principal en sus cartas, a la unidad de la Iglesia, y presenta por primera vez en la historia de la Iglesia cristiana Primitiva, la concepción de la triple jerarquía: Un episcopado monárquico en la cabeza, el presbiterio y por último el diaconado; mientras que los documentos más antiguos del cristianismo, hacen referencia unas veces a un único colegio de ancianos (presbíteros) y otras a una jerarquía de dos grados: obispo y presbíteros. Para Ignacio la unidad de los cristianos con Cristo, se traduce en la unidad de los cristianos entre sí y su sujeción al obispo, y por ende, la unidad de la Iglesia.

Ignacio de Antioquia también habla del matrimonio en la iglesia, aunque como práctica común y establecida en el seno de esta iglesia de los principios del siglo II, así dice "...los varones y las mujeres que deseen casarse, deben realizar su enlace conforme a las disposiciones del obispo..." (Filipenses 5:2).

Especialmente impactante son sus palabras a los creyentes de Roma, a los que escribe desde Esmirna, al saber que hacían planes para salvarle y evitarle el martirio. Les dice así: "Dejadme que sea entregado a las fieras, puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro. Antes, atraed a las fieras, para que puedan ser mi sepulcro, y que no deje parte alguna de mi cuerpo detrás, y así, cuando pase a dormir, no seré una carga para nadie. Entonces seré un verdadero discípulo de Jesucristo" (Epístolas de San Ignacio. Romanos 4 "Los Padres Apostólicos").

POLICARPO DE ESMIRNA

Policarpo, obispo de Esmirna, fue quemado como mártir en el año 155 d.C. Poco antes de su muerte, exclamó ante quien lo quería hacer apostatar de su fe a Cristo "Durante ochenta y seis años he sido su siervo, y no me ha hecho mal alguno. ¿Como puedo ahora blasfemar de mi Rey que me ha salvado?", vemos por esto, que su conversión -a edad avanzada- aconteció en el año 69 d.c. por lo cual fue contemporáneo de varios de los apóstoles, especialmente del apóstol Juan, de quien recibió directamente sus enseñanzas, como nos da a entender su discípulo Ireneo de Lyon, cuando escribe a Florino, un presbítero romano que había caído en la herejía del gnosticismo, nos dice así: "Porque te vi cuando yo todavía era un niño, en el Asia interior, desempeñando brillante papel en la corte imperial y tratando a la par de ganarte la estimación de aquél... Puedo decir hasta el lugar en que el bienaventurado Policarpo se sentaba para dirigir su palabra, cómo entraba en materia, y cómo terminaba sus instrucciones, su género de vida, la forma de su cuerpo, las pláticas que dirigía a la muchedumbre; como contaba su trato con Juan y con los demás que habían visto al Señor y como recordaba las palabras

de ellos y qué era lo que había oído él de ellos acerca del Señor ya sobre sus milagros, ya sobre su doctrina. Todo lo cual, como quien la había recibido de quienes fueron testigos de vista del Verbo, Policarpo lo relataba de acuerdo a la Escrituras."

De Policarpo conservamos la carta a los Filipenses y el acta de su martirio. Esta carta se podría dividir en varias partes que condensarían el pensamiento que quiere transmitir: Por un lado su doctrina, que es un eco de lo que ya vimos con Ignacio: Un alegato contra el docetismo donde nos cuenta como Cristo se encarnó realmente, padeció y resucitó de verdad y en carne, y no en apariencia como predicaban los docetas. Son estos hechos los que nos justifican delante de Dios sin que lo hayamos merecido: "Sabéis muy bien que hemos sido salvos por el don gratuito de Dios y no por nuestros méritos, sino porque Dios lo ha querido por medio de Jesucristo" (Filipenses 1:3).

La organización de la iglesia que presenta Policarpo en esta epístola está basada en el presbiterio y se duele del caso de uno de la iglesia de Filipos, un tal Valente y su mujer que han caído en el pecado de la avaricia y se han apartado de la iglesia. Policarpo dicta como regla en tal caso lo siguiente: "Me contrista muchísimo el caso de ese hombre y de su mujer. Que el Señor se digne en concederles arrepentimiento sincero. Vosotros proceded con moderación en este asunto y no los consideréis como enemigos. Tenedlos como miembros enfermos y extraviados para que se preserve intacta vuestra comunidad.

Obrando así os edificáis a vosotros mismos" (Fil. 11:4)

Policarpo además reitera una serie de normas de vida cristiana contra la fornicación, la avaricia, la homosexualidad, las herejías, etc., y así podemos entender la concordia que existía en las comunidades primitivas entre el hecho de la salvación por gracia por medio de la fe, con el guardar los mandamientos: "De seguro que ni yo ni nadie puede competir con la sabiduría del bendito y glorioso Pablo. Presente entre vosotros y cara a cara con los que vivían entonces (40 ó 50 años atrás) enseñó con agudeza y autoridad la Palabra de Verdad. Ausente, os escribió cartas que, si las estudiáis seriamente, os harán crecer en la fe que recibisteis. Fe que es nuestra madre común (y no la iglesia para Policarpo) mientras tenga por compañera la esperanza y sobre todo el amor a Dios, a Cristo y al prójimo. Cuando se halla uno dentro de este marco ha cumplido el mandato que asegura la justificación. Quien vive en el amor, está libre del pecado" (Fil. 3:1-3)